

ra del hecho brutal de morir, que es la única ley de igualdad, todo es variable y distinto; de donde que los difuntos hayan tenido en vida algo así como rasgo peculiar y propio: no extrañaréis, por tanto, que Feliu también lo tuviese.

Discípulo de nuestra Escuela en los tiempos del ordenancista Folch, del místico Cil, del intuitivo Picas, del sabio á la par que erudito Mendoza, del galano y galante Ferrer y Garcés y de otros de los cuales apenas queda memoria, aparte de Siloniz y Magaz, que plegue á Dios conservarles la vida muchos años; en aquellos días en que los escolares, aunque de igual madera que los de hoy, nos veíamos compelidos á ser héroes por fuerza para no sucumbir á los rigores reglamentarios de la Universidad, el joven Feliu constituía una nota simpática en aquellos revoltosos cursos de Clínica, capitaneados por el travieso Aniceto Mascaró, el febril Gili, el irritable Coronado y el afectuoso Agramonte, el mismo que á la vuelta de pocos años murió en la manigua peleando contra España. Feliu, con sangre en sus venas catalana y portorriqueña, pero sin mezcla alguna de color, ofrecía ya entonces como lejano preludio de lo que le había de acontecer más tarde, una organización asaz débil aunque sin feminismo; pero esta misma endeblez física, acusada por la magrura de sus carnes, la blancura de su tez, el bigotillo fino como de seda, y hasta una voz poco timbrada, encubría un espíritu bien equilibrado, enérgico á la par que bondadoso, abierto y culto. Cuidaba del vestir más que todos nosotros y, en cuanto á cortesanía y afabilidad en el trato, nos daba también á todos quince y raya. Era, sí, por todo extremo modesto, y á pesar de que acariciaba con intensidad el estudio—de lo cual dieron gallarda muestra las calificaciones que constan en su expediente escolar—esa misma modestia le cercenaba mayores lucimientos. Por virtud de todas estas cualidades, que imprimían cierto carácter á su personalidad, era Feliu entre nosotros una especie de freno ó poder moderador en los alborotos y contubernios estudiantiles, que dos por tres promovíamos, y era un chorro de agua fría en las acaloradas polémicas de todo género á que, á diario, nos sentíamos impulsados. No lo extrañéis: por una parte las ideas separatistas en las Colonias ya estaban en aquella fecha más que empolladas; por otra las corrientes que habían de conducir algunos años después á la Revolución de Septiembre eran caudalosas, y todo esto en sentidos contrapuestos, según la manera de ser y de sentir de cada uno, enardecía nuestros ánimos juveniles llevándonos á la discusión fuerte y hasta la disputa. Además, en el último año de la carrera, la agitación intestina del curso llegó al colmo, cuando en la cátedra de Clínica médica hubo de librarse formidable batalla entre el profesor que tremolaba en sus manos la bandera del vitalismo, con toda su intransigencia, y los porta-estandarte de la escuela organicista. Sin Feliu y algunos otros condiscípulos de temperamentos dulces